

Los primeros brotes

J. CEBRIAN VALERA

Ya se va el invierno; poco a poco se aleja sin darnos cuenta, como una vida muerta. Otro más que nos deja con su adiós amargo, con su frío aliento, con su piso de cristal.

¡Primavera! flores, muchas flores. Campos verdes. Verdes praderas. Sol radiante, golondrinas, gorgoros, voces, alegría, arullos, campos perfumados, rocios tenues, vientos suaves, muchas vidas nuevas con ansias de vivir.

Con la primavera todo ha cambiado, segundo acto de la comedia o del drama que a cada uno nos toca vivir.

Las cepas de las viñas son parte integrante de esta transformación, y acuden a la cita que les brinda la madre Naturaleza, despertando del letargo que les tenía inertes.

Rompen con fuerza vertiginosa las yemas de los sarmientos, haciendo muecas y jugando al escondite con los últimos fríos. El sol las aupa con su calor, y crecen sus brazos sensibles y tiernos.

Aires de Occidente y de Poniente cimbrean con fuerza y sin piedad los tallos jóvenes, que a veces, son arrebatados de sus madres como a niños inocentes.

No importan las inclemencias del tiempo los campos de la Rioja, de la Mancha, de Jerez, de Huelva, de Aragón, de tantas regiones españolas, se llenarán de enormes manchas, como grandes lagos verdes, perfumando el ambiente con la flor blanca de la vid.

La flor de la vid, derramará su llanto por el suelo, y se formarán los racimos sustentados por la humedad acumulada por las aguas y las nieves del pasado invierno.

El calor estival impregnará de azúcar los granos de las uvas, hasta reventar, porque la Naturaleza avara, todo lo proporciona con exceso.

Los racimos y los pámpanos serán apedreados como a San Esteban, éste por santo, aquellos por buenos. Les estrujarán sin compasión para extraer de sus entrañas incomparables delicias. Y serán mordidos apasionadamente como el más exquisito de los manjares.

Racimos de las uvas, vidas cortas de una sola primavera, que morirán en el otoño, junto a las hojas de los árboles, habiendo pasado infinidad de noches a la interperie, entre la oscuridad o a la luz de la luna.

Otoño suave, dulce, entre aromas fuertes de mosto y azafrán, perfumando hasta los rincones más escondidos.

Ya no hay mulas en los caminos. Ya no se oye el silbido de los arrieros. Caravanas de carros como hormigas, rezmando y perdiendo a chorros el

Pasa a la página 8